
Atando cabos en la historiografía del siglo XX sobre Miguel Hidalgo y Costilla

Marta Terán

Hablar sobre Miguel Hidalgo resulta muy espinoso. El patriotismo mexicano ha hecho de él el Padre de la Independencia y el símbolo de la revuelta contra todos los males del antiguo régimen, el látigo de los tiranos, el amigo de los oprimidos, el hombre de México. Todo movimiento colectivo ha de tener sus símbolos y mitos. En los Estados Unidos hemos deformado a tal punto la imagen de nuestros grandes hombres que ni sus mismas madres los reconocerían. En estos últimos años, México ha deificado la figura de Hidalgo en los textos escolares y en las pinturas murales, en grado tal que ha perdido toda semejanza con el confuso y entusiasta sanguinario que aparece en los documentos de su época. El mejor partido es reconocer a dos Hidalgos: la figura simbólica y el hombre. De los dos el hombre es infinitamente el más interesante.

Lesley B. Simpson

Sin quitar ni poner cosa alguna, sin oropeles verbales, Miguel Hidalgo y Costilla, el sacerdote filósofo, el cura caritativo, el capitán de multitudes, el protomártir civil, ha lucido en la conciencia pública como el personaje más típico y trascendente y de mayor influencia en la historia de México. Sin lugar a dudas ha sido aceptado por todo el hojaldre social y todas las regiones de la nación como espejo y emblema del conjunto del Estado nacional y de sus dos mil cuatrocientos municipios.

Luis González y González

Hacia 1941 resultaba espinoso hablar sobre Miguel Hidalgo, según el historiador estadouni-

dense L.B. Simpson.¹ Los hallazgos documentales facilitaban el encumbramiento mítico del “padre de la patria”, visualmente llevado hasta las enormes y conocidas representaciones del muralismo. El de Hidalgo había crecido como el culto cívico mejor afianzado por haberse diseñado en torno a los sucesos de septiembre de 1810 los primeros lazos de la unidad nacional, aun desde antes de declararse la Independencia.² Dice Juan Hernández Luna para explicar semejante ideación colectiva: “Desde el Grito de Dolores se ha venido formando, dentro del amplio marco de la cultura mexicana, un tipo de cultura que tiene como sujeto central a Hidalgo. Filósofos, teólogos, humanistas, historiadores, literatos, poetas, pintores, escultores, oradores, novelistas y sociólogos han encontrado en Hidalgo un estímulo, o si se quiere, un pretexto para realizar

¹ Lesley B. Simpson, *Muchos Méxicos*, México, FCE, 1977, p. 209 [Primera edición en inglés de 1941 y reediciones en 1946, 1952, 1966, con el título original, *Many México's*].

² El grito como *glorioso recuerdo* es considerado un patrimonio intangible de los mexicanos. Para su percepción viva, ver Fernando Serrano Migallón, *El grito de Independencia. Historia de una pasión nacional*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1988 (segunda edición; primera del autor de 1981). En los años cincuenta y en los setenta, tanto Luis Villoro como Carlos Herrejón se

alguna creación cultural”.³ La ancha y decimonónica cultura “hidalguista”, repensada por los historiadores de frente a las celebraciones porfirianas del centenario de la Independencia, entonces avanzaba impulsada por la Revolución mexicana más en la creación del mito que en el encuentro con el hombre.

Las cosas comenzaron a cambiar hace cincuenta años. Hacia 1953, al cumplirse los doscientos años del nacimiento de Hidalgo se volvió explícita la dualidad en la historiografía mexicana entre el personaje simbólico y el hombre, comenzó con titubeos la revisión del mito y se hizo múltiple el ejercicio de completar el conocimiento de la persona. En cinco décadas se apagaron las polémicas más notables; en las últimas tres Hidalgo dejó de ser central entre los estudiosos de la Independencia, perfectamente interesados en todo lo demás. La producción académica pudo avanzar en la medida en que se fue superando el culto a su personalidad, el estudio casi exclusivo del liderazgo insurgente y se hizo menos indispensable Hidalgo para explicar este multidimensional proceso. En consecuencia, cambió la idea que tenemos sobre la Independencia mucho más que sobre Miguel Hidalgo, encerrado en sus líneas tradicionales de estudio con todo y los avances en el conocimiento.

Aun así, dicha revisión académica abrió el camino para el rescate del cura Hidalgo, de las estatuas y pinturas, del utilitarismo político, de la repetición y del empobrecimiento. Fueron

fijaron en la significación del Grito, el primero lo concibió como caída libre a la libertad negativa, mientras que el segundo lo vio como el triunfo de los lectores de los tratadistas españoles. Este último autor en un texto reciente lo ha considerado, en sí, como una tradición heredera del sermón y del discurso patrio. Ver Carlos Herrejón Peredo, “El nacimiento de una tradición: el discurso septembrino en México”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia. Correspondiente de la Real de Madrid*, México, Academia Mexicana de la Historia, t. XLVI, enero-marzo de 2003, p. 63 y siguientes.

³ Juan Hernández Luna, *Imágenes históricas de Hidalgo, desde la época de la Independencia hasta nuestros días, 1753-1953*, Antonio Castro Leal (intr.), México, UNAM-Consejo de Humanidades, 1954.

muy saludables tanto el reconocimiento de la ausencia de un rostro verdadero, como los distintos tratamientos sobre su formación intelectual, su pensamiento político y social, y la trascendencia de su acción entre la violencia y la libertad. Lo espinoso han sido las dificultades para sustraerse de los encuadres decimonónicos de los que partió y de una temática muy concreta, aquello menos grave ante lo más: el patriotismo. A crestas tales que la historiografía de los mexicanos ha sido interpelada por los estudiosos norteamericanos interesados en la Independencia, de cuya historiografía sobresalen las traducciones más citadas por los colegas mexicanos. Los pasos de Hidalgo se comenzaron a perder entre el estudio de su revuelta. Luego, el análisis de la Independencia se dirigió hacia otros liderazgos, bases sociales y áreas de investigación. Los mil análisis concentrados en la ruta de la Independencia declinaron ante las monografías, esos excepcionales acercamientos temáticos o regionales que han comenzado a revelar los asuntos de la Independencia en toda su complejidad. Cabe señalar que la bibliografía sobre Miguel Hidalgo alcanza más de trescientas referencias entre casi cien libros, unos cincuenta folletos de menos de cincuenta páginas y unos ciento cincuenta artículos publicados en revistas especializadas de historia, escritos todos entre finales del siglo diecinueve y comienzos del veintiuno. Entre reediciones, ediciones corregidas y ediciones críticas, el estante es uno de los más grandes de la historiografía general de la Independencia: la bibliografía que se puede consultar en las principales bibliotecas de la Ciudad de México.⁴

El siglo de Hidalgo, el veinte

Carlos María de Bustamante proponía, años después de consumarse la Independencia, que

⁴ No se había hecho un recuento exhaustivo de la obra escrita sobre Miguel Hidalgo hasta el presente, salvo las excepciones hechas por Ernesto de la Torre Villar, con su “Bibliografía selecta, relativa a Hidalgo”

la historia, como una gran lección cívica, debía atender así el relato de los sucesos, como el retrato de los personajes:

Toca a la historia no sólo relatar los hechos con verdad e imparcialidad, sino además trazar el retrato de los personajes, cuyas acciones se refieren. El de los héroes lo forman el tejido y narración de los sucesos, y por este principio me debería creer dispensado de trazar el de D. Miguel Hidalgo; sin embargo, daré brochadas con mano torpe en este cuadro, y dejaré a la posteridad materia copiosa que lo toque, tache o borre.⁵

Si el retrato de los héroes lo formaban el tejido y la narración de los sucesos, aquí encontramos un retrato heroico y popular de Hidalgo

(ver *En torno al nicolaita Miguel Hidalgo y Costilla*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1983, pp. 39-41), y Rafael Heliodoro Valle, con su “Bibliografía sobre Hidalgo y Costilla”, en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, México UNAM, X: 1 y 2 de 1959. Aunque esta última abunda en registros periodísticos, lo mismo que la continuación de ella publicada después de su muerte por su viuda, Emilia Romero de Valle: “Bibliografía sobre Hidalgo y Costilla”, en *Boletín de la Biblioteca Nacional*, México, UNAM, X: 3 y 4 de 1959. La bibliografía hidalguista (“hidalguina” para algunos autores recientes) que sustenta este texto se publica *in extenso* en la sección “Andamio” de esta misma revista *Historias*. Dividida en libros, folletos, y ensayos y artículos, se comenzó a reunir para la edición de la antología de próxima aparición en España: *Miguel Hidalgo, Ensayos sobre el mito y el hombre (1953-2003)*, historiografía, selección de textos y bibliografía en colaboración con Norma Páez Galicia (INAH y Fundación Tavera-Mapfre, 2004).

⁵ Citado por Andrés Lira, “La insurgencia de Hidalgo según tres contemporáneos: Bustamante, Mora, Alamán”, en Jean Meyer (coord.), *Tres levantamientos populares. Pugachóv, Tupac Amaru, Hidalgo*, México, CEMCA-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, p. 174. El ejercicio recurrente de describir a Hidalgo, según lo escrito por los primeros historiadores de la Independencia, tuvo en la primera mitad del siglo veinte un distinguido exponente en Alfonso Junco. Ver “Hidalgo y Alamán” e “Hidalgo visto por Mora”, en *Un siglo de Méjico. De Hidalgo a Carranza*, México, Botas, 1934 (con ediciones en 1937 y 1946).

que, comenzado por Bustamante, los liberales y el nacionalismo mexicano dispararon a las alturas tocando, tachando o borrando elementos en función de Hidalgo y en detrimento del relato general del proceso de la Independencia. Un proceso que duró diez años y cuyo estudio parcialmente fue abandonado concentrándose particularmente en su comienzo (con Hidalgo de iniciador) y su final (Agustín de Iturbide, “el libertador” o consumidor).

Es conocido que a lo largo del siglo diecinueve hubo fuertes contiendas entre historiadores, oradores, periodistas, políticos y religiosos sobre a quién correspondía el sitio más elevado en el panteón de la patria.⁶ Tras el intervalo centralista, cuya fiesta a Iturbide, el 27 de septiembre, desplazó a la del día 16 de septiembre, volvieron los honores a Hidalgo con los reformadores, se refrendaron con los pensadores positivistas y se consagró como primer héroe de México el 16 de septiembre de 1910, en las fiestas oficiales del primer centenario del inicio del proceso. Entonces el estado de la cuestión entre Hidalgo e Iturbide lo despejó Bulnes en su libro del mismo año: *La guerra de Independencia. Hidalgo e Iturbide*, aunque estudiarlos juntos u oponerlos se ha conservado como tradición y hay casi tantos libros de uno como del otro.⁷ También es sabido que la interpretación conservadora de la Independencia nos viene especialmente de Lucas Alamán. En el siglo XIX, al retrato de Bustamante de Hidalgo se oponía el de Alamán, quien además lo describía físicamente:

⁶ Michael P. Costeloe, “La junta patriótica y la celebración de la independencia en la Ciudad de México (1825-1855)”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia. Correspondiente de la Real de Madrid*, México, Academia Mexicana de la Historia, XL, 1997, pp. 125-152.

⁷ Francisco Bulnes, *La guerra de Independencia. Hidalgo, Iturbide*, México, Talleres Linotipográficos “El Diario”, 1910. Para un recuento de textos sobre Agustín de Iturbide, ver de Marta Terán: “Michoacán en la independencia. Recuento de libros”, en *Historiografía michoacana. Acercamientos y balances*, Gerardo Sánchez Díaz y Ricardo León Alanís (coords.), Morelia, Universidad Michoacana, pp. 161-174.

Hidalgo era de mediana estatura, cargado de espaldas, de color moreno y ojos verdes vivos, la cabeza algo caída sobre el pecho, bastante cano y calvo, como que pasaba ya de sesenta años, pero vigoroso, aunque no activo ni pronto en sus movimientos, de pocas palabras en el trato común, pero animado en la argumentación a estilo de colegio, cuando entraba en el calor de alguna disputa. Poco aliñado en su traje, no usaba otro que el que usaban entonces los curas de pueblos pequeños.

Moisés González Navarro cita y critica cien años después, el retrato moral que hizo Lucas Alamán al decir que enumeraba éste las cualidades de Hidalgo, para concluir en “comentarios francamente despectivos, expuestos casi siempre en forma velada”:⁸

Alamán reconoce en Hidalgo al estudiante distinguido, al profesor brillante, al conoedor del francés y de los idiomas indígenas, y al impulsor de las bellas artes, de la agricultura y de la industria en beneficio de los indios... Por otra parte, Alamán nos pinta a Hidalgo como hombre de carácter taimado (el apodo de *El Zorro*, según él, le venía muy bien), poco severo en sus costumbres, y no muy ortodoxo en sus opiniones, derrochador, jugador y mujeriego.

Todo para decir que el relato de la Independencia partió de las descripciones y reflexiones de sus primeros historiadores liberales y conservadores, de la imagen y opinión de cada uno sobre el primer liderazgo insurgente y sus temibles bases sociales.⁹ Lo escrito desde el siglo diecinueve es lo borrado y tachado por los historiadores subsiguientes, en el ejercicio de revisar

⁸ Moisés González Navarro, “Alamán e Hidalgo”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, t. III, núm. 2, octubre-diciembre, 1953, pp. 239-240.

⁹ Andrés Lira, “La insurgencia de Hidalgo según tres contemporáneos: Bustamante, Mora, Alamán”, en Jean Meyer (coord.), *op. cit.*

o en las conocidas tradiciones de interpretación. Los cincuenta años de historiografía que comentamos se iniciaron bajo la influencia de lo que escribió Bustamante y aunque no absolutamente, sino como una fuerte tendencia, terminaron reconociendo una mayor dosis de verdad en la versión de Alamán. Ahora bien, en la revisión que produjo el bicentenario de Hidalgo, en 1953, apareció también como tendencia el prescindir de las obras escritas con anterioridad, para volver con nuevos ojos ¡a los primeros historiadores!¹⁰

La creación gradual de una base documental sustantiva sobre la Independencia explica este desplazamiento bibliográfico y otros efectos. Contra el simplismo y la mistificación los interesados se apoyaron en el manantial de información que se comenzó a generar entre las décadas finales del siglo diecinueve y la primera del veinte, por Juan Hernández y Dávalos y Genaro García. Después de las fiestas del Centenario continuó difundándose una amplia base documental referente a los procesos militar e inquisitorial de Hidalgo, sobre su encarcelamiento y muerte, o su genealogía. Entre verdades que contradecían la imagen popular, los escritos comenzaron a diferenciarse. Por ejemplo, cuando en 1953 las Ediciones Fuente Cultural reeditaron *Los pro-*

¹⁰ De la obra relevante de la década de 1880, ver, por ejemplo, de Francisco Sosa, “Hidalgo”, en *Biografías de mexicanos distinguidos*, México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884, pp. 480-486; Julio Zárate, “Hidalgo, libertador de México”, en *México a través de los siglos*, México, Balleescá y Compañía editores, 1884, pp. 85-103; Ireneo Paz, *Album de Hidalgo*, Imprenta y Litografía del padre Cobos, 1875; Luis González Obregón, “La obra de Hidalgo”, en *El Liceo Mexicano*, México, septiembre 15, 1886; Gustavo Baz, *Miguel Hidalgo y Costilla, ensayo histórico-biográfico*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1884. De la obra relevante del primer centenario de la Independencia ver, además del libro de Bulnes, de José María de la Fuente, *Hidalgo íntimo. Apuntes y documentos para una biografía del Benemérito cura de Dolores...* México, Económica, 1910; Agustín Rivera y San Román, *Anales de la vida del Padre de la Patria, Miguel Hidalgo y Costilla*, México, León de los Aldama, Imprenta de Leopoldo López, 1910.

cesos militar e inquisitorial del padre Hidalgo y de otros caudillos insurgentes, se juzgó necesario explicar esta selección del libro de 1932 de Luis González Obregón, como homenaje por el bicentenario de Hidalgo, “para no publicar un libro de apología, ni tampoco de crítica aguda y recargada erudición”.¹¹ En los años treinta y los cuarenta investigaban sobre Miguel Hidalgo: Nicolás Rangel, Rafael Heliodoro Valle, Jesús García Gutiérrez, Gabriel Méndez Plancarte y Juan Hernández Luna. Casi para terminar el periodo se iniciaban Ernesto de la Torre Villar y Edmundo O’Gorman. Todos amantes de los documentos. Se escribió sobre Hidalgo en libros, periódicos y revistas de difusión cultural como *Abside*, archivísticas como el *Boletín del Archivo General de la Nación*, *Filosofía* de la UNAM, o los *Anales* del INAH. Se llegó a la mitad del siglo con dos aportes bibliográficos fuera de serie, el del padre Gabriel Méndez Plancarte, *Hidalgo, reformador intelectual y libertador de esclavos*, donde por primera vez se daba a la imprenta en el siglo veinte la *Disertación*, con la que Miguel Hidalgo recibió un premio en el Colegio de San Nicolás de Valladolid de Michoacán.¹² Y el libro de Luis Castillo Ledón, *Hidalgo. La vida del héroe* (1948), la biografía más completa según el juicio de sus contemporáneos hasta que, en su reedición de 1953, comenzó a recibir críticas por los lados oscuros que existían en la biografía del hombre.¹³

¹¹ En la bibliografía exhaustiva que se presenta separada de este texto (sección “Andamio”), el interesado podrá encontrar el listado enorme de las colecciones documentales del siglo XX, al igual que podrá consultar las referencias bibliográficas completas de los autores ya mencionados y por mencionar.

¹² Gabriel Méndez Plancarte, *Hidalgo. Reformador intelectual y libertador de los esclavos*, Morelia, Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1982 (Biblioteca de Nicolaitas Notables, 12); e “Hidalgo, reformador intelectual”, en *Abside*, Revista de Cultura Mejicana, t. XVII, núm. 2, México, septiembre-octubre, 1953, pp. 135-170.

¹³ Luis Castillo Ledón, *Hidalgo. La vida del héroe*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1948 (reedición facsimilar, INEHRM, 1985, 2 vols.). Ver también de Carlos

Los escrúpulos académicos removían con dificultades las preferencias que los políticos inculcaban en la sociedad. Si edificantes habían sido los cuatrocientos títulos concediendo a Hidalgo después de la Revolución mexicana, hacia los años cincuenta se modernizaban con: *El hombre de México, el mexicano universal*. Entonces varias instituciones académicas crearon programas de investigación. Lo interesante fue su carácter de proyecto múltiple: “a la luz de un análisis más detenido de los documentos y de las apreciaciones de nuestros historiadores, y a la luz de una nueva documentación recién descubierta, el perfil del héroe se va afinando hasta aproximarse a lo verdadero” —escribió Manuel Carrera Stampa— “para dar al pueblo mexicano una visión real, al mismo tiempo más profunda y más completa tanto de la vida del héroe como de las interpretaciones de la Independencia” —completó Antonio Castro Leal. La producción de libros sobre Hidalgo, veinticuatro, que dejó esta temporada conmemorativa del bicentenario ha sido la más concentrada de todos los tiempos.¹⁴

De polihidalgo a monohidalgo: la obsesión por un rostro

Elevar en el sitial más alto de los héroes a Miguel Hidalgo fue siempre pasión patria. Hacia 1947 Ernesto de la Torre Villar, en el ensayo titulado “Hidalgo y sus monumentos”, publicado en el *Boletín del Archivo General de la Nación* y reeditado varias veces, mostraba el primer boceto

González Peña [reseña] “Hidalgo: La vida del héroe”, en *Cuadernos Americanos*, México, Cultura, año IX, vol. I, marzo-abril, 1950, pp. 224-230.

¹⁴ En los años veinte y los treinta fue escasa la producción: dos libros, de Pedro García (1928) y de Enrique Borrego (1934). En los cuarenta, además de los libros mencionados de Méndez Plancarte y Castillo Ledón, destacaron el de José Mancisidor, *Miguel Hidalgo constructor de una patria* (1944), y el de Jesús Romero Flores, *Don Miguel Hidalgo y Costilla. Padre de la Independencia mexicana* (1945), que nos remiten a la imagen posrevolucionaria que se tuvo del héroe. Los años

conocido ¡de 1810! para elevarle un monumento.¹⁵ Desde que en México se propuso en 1822 resaltar las figuras de los “antiguos patriotas” y “primeros defensores de la patria” hay un itinerario hasta las primeras piezas públicas que se colocaron, nada menos que en Toluca y en el cerro de Las Cruces, hasta donde llegó y se regresó Hidalgo al no tomar la Ciudad de México. En Guanajuato, por el recuerdo de la violenta toma de la alhóndiga de Granaditas, hasta 1871 fue polémico pensar en hacerle un monumento. Después comenzaron a aparecer las estatuas de pie y los bustos en las plazas públicas de las ciudades provinciales, hasta que en 1910 cada municipio quiso la propia... Antes de analizar la pintura

cincuenta elevaron el número de libros hechos en México a veinticuatro. De esta producción, los autores más leídos y comentados fueron: Luis Villoro, Juan Hernández Luna, Jesús Amaya Topete, Alfonso García Ruiz, Agustín Cue Cánovas, Enrique Arreguín y Pablo Macías. Pero también se exponían en librerías los de Carlos Jinebra, Ezequiel Chávez, Joaquín Jara Díaz, Elías G. Torres Natterman, Jesús Rodríguez Frausto, Jesús Romero Flores, Juan N. Chávarri, Lorenzo Camacho Escamilla, Gerardo Vega, José Esquivel Pren, Ernesto Higuera, José Mancisidor y Melchor Sánchez Jiménez; además de varias reediciones de libros de autor, libros documentales y recopilaciones de piezas de oratoria.

¹⁵ Ernesto de la Torre Villar, “Hidalgo y sus monumentos”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, Secretaría de Gobernación, t. XXIII, núm. 3, julio-septiembre, 1947, pp. 277-326. Las siguientes ediciones se encuentran en: *Temas de la Insurgencia*, México, UNAM, 2000, pp. 97-127; e *Hidalgo entre escultores y pintores*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1990. La semblanza de Ernesto de la Torre es el *Miguel Hidalgo. Libérateur du Mexique* (español y francés); reedición del Departamento del Distrito Federal, 1973, y la Lotería Nacional, en coordinación con la Comisión Nacional para las celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y el 75 aniversario de la Revolución mexicana, 1985 (estudio biográfico y apologético); El libro de Mario Moya Palencia, *El zorro enjaulado*, México, M. A. Porrúa, 1996, comenzó a escribirse con motivo de la colocación de una estatua de Miguel Hidalgo en Cuba, así como el libro escrito por Francisco Heitor Leao da Rocha, *O conteúdo social das revoltas de Hidalgo e Morelos, de 1810 a 1815* (Teresina-Piauí, Companhia Editora do Piauí, 1984), para conmemorar la erección de una estatua de Hidalgo en Brasil.

de historia hay que recordar que a partir de las personalísimas y encontradas ideaciones de los primeros historiadores de la Independencia, fue que se abrió paso esta elaboración reconciliadora de las grandes virtudes y los pequeños defectos de Hidalgo: los liberales y positivistas fueron quienes la hicieron concluir en el *venerable anciano* que Julio Zárate instaló en el presidio de nuestra columna de la Independencia en las celebraciones del centenario.

En la iconografía hay realmente un siglo en recuperación y mirada crítica, desde el primer álbum patriótico realizado por Concepción Ochoa de Castro a principios del siglo (revisado por Agustín Rivera y Luis González Obregón), hasta la idea visual sobre Hidalgo y su contexto que nos ofreció José Manuel Villalpando cien años después.¹⁶ El análisis de iconografía volvió relevante el proceso de la construcción del héroe, ayudó a reconocer la ausencia de un rostro verdadero, a revalorar el carácter colectivo de la figura tutelar plasmada con variantes en los grandes formatos de Rivera, Siqueiros, Orozco, Chávez Morado, Zalce: la gran culminación de la secuencia decimonónica de esculturas y pinturas. Conviene seguir a Justino Fernández para entender las grandes aspiraciones culturales depositadas en las realizaciones murales, la ori-

¹⁶ Concepción Ochoa de Castro, *Álbum patriótico ilustrado del primer caudillo de la independencia don Miguel Hidalgo*, México, Antigua Imprenta de Murguía, 1910 (edición facsimilar de la de 1910, Universidad Michoacana, 2001). Ernesto Higuera, *Hidalgo. Reseña biográfica con una iconografía del iniciador de nuestra Independencia*, México, Talleres Gráficos de la Nación, Medallones mexicanos, 1955. Juan N. Chávarri, *Hidalgo, biografía, documentos e iconografía*, México, Libromex, 1957 (Latinoamericana, 1963; Diana, 1971). Gonzalo Obregón, “Notas sobre la iconografía de Hidalgo”, en *Anales del Museo*, 1953, 6 (7), 36; Ernesto de la Torre Villar y otros autores: *Hidalgo entre escultores y pintores*, Universidad Michoacana, 1990; Esperanza Garrido “Evolución y manejo de la imagen de Miguel Hidalgo y Costilla en la pintura mexicana (1828-1960)”, en *Arte y coerción. Primer Coloquio del Comité Mexicano de Historia del Arte*. Investigaciones Estéticas, UNAM, 1992; José Manuel Villalpando, *Miguel Hidalgo*, México, Planeta-De Agostini, 2002.

ginalidad de esta pintura de historia mexicana y su universalidad:

La pintura mural mexicana no solo revivió las formas monumentales sino que lo hizo con nuevo sentido formal, es decir del arte perteneciente a nuestro tiempo, un arte no naturalista, ni académico, ni con el ideal exclusivo de la belleza clásica. Por eso ha podido dar expresión a nuestra historia con carácter y propiedad... Más no sólo constituye una novedad la pintura mural mexicana por su parte formal, sino por ser pintura de historia y aún más, por sus sentidos críticos. Pintura de historia, propiamente hablando, con sentido crítico y en formas monumentales de primer orden, es la primera vez que se produce en el mundo entero. Todo lo anterior, salvo, claro está, la gran pintura del Renacimiento, no parece, en el terreno de la pintura de historia, sino conatos y tanteos. La primera vez que se hace pintura crítico histórica en tal escala, calidad, sentido, fuerza y franqueza, es en México en el siglo xx.¹⁷

Juan Hernández Luna comenzó a explicar desde 1948 cómo fueron elaboradas algunas imágenes históricas, localizando en una secuencia a los Hídalgo liberal, positivista y marxista (cardenista), fincado el último en la semblanza de Hídalgo de Vicente Lombardo Toledano.¹⁸ En las *Imágenes históricas de Hídalgo*, de 1954, cerró la explicación aseverando que cada una de esas imágenes se fue construyendo con la

¹⁷ Justino Fernández, “Los dos Hídalgo de Orozco”, en *Filosofía y Letras*, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, t. XXIV, julio-diciembre de 1952, pp. 213-222; y en *Hídalgo entre escultores y pintores*, Edición conmemorativa del 450 aniversario de la fundación del Colegio de San Nicolás, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hídalgo, 1990, pp. 73-87; ver del mismo autor: *Arte mexicano, de sus orígenes a nuestros días*, México, Porrúa, 1958.

¹⁸ Vicente Lombardo Toledano, *Actualidad militante de la obra y de los ideales del Padre Hídalgo*, Morelia,

filosofía vigente en la época en que vivieron sus autores y con el material histórico de que ellos pudieron disponer en su tiempo:¹⁹

Lejos de encontrar una unidad de verdad sobre Hídalgo, hallamos una verdad pluralista: una verdad escolástica, una verdad liberal, una verdad positivista, una verdad marxista, etc. Esto es, lejos de encontrar en la conciencia intelectual mexicana una sola actitud respecto a Hídalgo, encontramos muchas; lejos de hallar un Monohídalgo, hallamos un Polihídalgo.

Quiso contrarrestar el fruto colectivo, la imagen predilecta del arte mural y de los libros de texto:

Tradicionalmente los manuales de historia patria nos vienen presentando a Hídalgo como un “venerable anciano”. A esta actitud podríamos llamarla monohídalguista, porque estando inspirada en la misma filosofía y en las mismas fuentes históricas, es natural que dicha imagen sea reproducida siempre de la misma manera por los historiadores tradicionales...²⁰

Así las cosas, para enriquecer la empobrecida imagen pública oficial los historiadores tuvieron que enfrentar el tema de Hídalgo con imágenes escritas más exactas y ricas. Los especialistas en escultura y pintura de historia dejaron claro que, paradójicamente, a pesar de siglo y medio en reproducciones y multiplicidad no existía ninguna certeza sobre el rostro verdadero de Hídalgo, aunque las necesidades políticas y la imaginación patriótica hubieran fijado un rostro histórico. Gonzalo Obregón insistió en 1955 en que “no hay, en realidad, un retrato del que

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hídalgo-Departamento de Extensión Universitaria, 1943.

¹⁹ Antonio Castro Leal, “Introducción” del libro de Juan Hernández Luna, *op. cit.*

²⁰ *Idem.*

podamos decir con absoluta certeza que sea el retrato auténtico de Hidalgo”.²¹ Entonces volvió al punto de partida, al retrato que debemos a Alamán, para analizar la pintura y la escultura sobre Hidalgo del Museo Nacional de Historia y así discriminar entre los rostros falsos y otros que se le acercan o alejan. Concluyó en la prioridad que tiene el pequeño y conocido cuadro al óleo que representa al estudiante Hidalgo en San Nicolás, por ser de fines del siglo XVIII, aunque ése no fue el que dio “el grito”.

En la siguiente década, Edmundo O’Gorman sobresalió con su conocido ensayo: “Hidalgo en la Historia”, el discurso pronunciado en su ingreso a la Academia Mexicana de Historia en 1964, en el que pidió fin a “esa primacía de las exigencias políticas en la elaboración de las verdades de la historia” en relación con el cura de Dolores.²² ¿Cuántos usos políticos podían acumularse en *El Hombre de México*?:

Fue tan violenta, tan devastadora la revolución acaudillada por Hidalgo que siempre nos embarga la sorpresa al recordar que sólo cuatro meses estuvo al mando efectivo de la hueste. En el increíblemente corto espacio de ciento veinte días, aquel teólogo criollo, cura de almas pueblerinas, galante, jugador y dado a músicas y bailes; gran aficionado a la lectura y amante de las faenas del campo y de la artesanía, dio al traste con un gobierno de tres siglos de arraigo, porque si la vida no le alcanzó

²¹ Gonzalo Obregón, “Notas sobre la iconografía de Hidalgo”, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, INAH, (VII) 36, 1955, pp. 139-143; y “Estatuilla de Hidalgo del escultor Clemente Terrazas”, en *Hidalgo entre escultores y pintores*, Edición conmemorativa del 450 aniversario de la fundación del Colegio de San Nicolás, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1990, pp. 33-36.

²² Edmundo O’Gorman, “Hidalgo en la historia. Discurso de ingreso pronunciado por el señor doctor don Edmundo O’Gorman”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia. Correspondiente de la Real de Madrid*, México, Academia Mexicana de Historia, XXIII, julio-septiembre de 1964, pp. 221-239.

para saberlo, no hay duda que él hirió de muerte al virreinato.

O’Gorman nos lleva por la oratoria, la política y la confección del Hidalgo de México después de la Reforma, o el México de Hidalgo. Para comprender la necesidad de escaparse de los excesos verbales basta apelar a las conocidas metáforas sobre las botas de Miguel Hidalgo. Alfonso Reyes, para un discurso conmemorativo del natalicio de Hidalgo un 8 de mayo en 1939, en Morelia, dijo:

Este maridaje virgiliano de agricultura y de poesía ¿no fue acaso el sueño de Hidalgo, el sueño del Padre de la Patria? No lo hemos realizado aún. Pero hoy, al procurar para el pueblo el vino de la justicia y la seda del bienestar, ya vamos luchando en lo posible para que esta tierra sea más grata a los hombres. Cierto, no podemos descansar aún, como aún no descansa Hidalgo. Hidalgo tiene mucho que hacer entre nosotros. Hidalgo no se ha quitado aún las botas de campaña.²³

En el cambio de los valores políticos agrarios por los urbanos (el adiós al sueño virgiliano), estas palabras de O’Gorman manifiestan la gran saturación porque también protestan contra los abusos de la imaginación patriótica, en la ciudad y desde la industria:

He aquí el germen del nuevo Hidalgo, el de nuestros días, el profético precursor del programa revolucionario, porque como el pasado es fuente inagotable de posibilidades, sobre todo cuando se le sujeta a cuestión de tormento, el agrarismo, el obrerismo, el sindicalismo, la educación de las masas, el indigenismo, la enseñanza

²³ Alfonso Reyes, “Discurso pronunciado el 8 de mayo de 1939 en el Colegio de San Nicolás”, publicado entre otros lugares en: *En torno al Nicolaita Miguel Hidalgo y Costilla*, Morelia, Universidad Michoacana, 1983, pp. 11-14.

politécnica, el socialismo, la intervención estatal en la economía, y qué se yo cuántas otras benéficas teorías que inexorablemente van empujando al mundo hacia una espléndida barbarie, han querido encontrar su origen y agresividad en don Miguel Hidalgo, a quien, por misión cumplida ¿no será ya tiempo, pregunto, de rescatarlo de sus estatuas y de quitarle las botas de campaña?

Al lado de lo que en adelante harán los historiadores, el estudio iconográfico en los últimos diez años transitó del análisis estético al del mensaje político. En 1992, Esperanza Garrido, inspirada en O’Gorman, intentó comprender la evolución y manejo de la imagen de Hidalgo en la pintura entre 1828 y 1960. Después de marcar en la tradición de otros autores de mediados de siglo, el tercer punto de partida de la iconografía en Claudio Linati, cuestionó la pintura de historia en sus elementos de verdad al lavado de la repetición. Vaya uso de poder y de las exigencias políticas en la elaboración de las verdades históricas con el personaje más representado por las artes plásticas. El último ensayo sobre el tema, de Fausto Ramírez, ordena la “ardua construcción de la imagen del *pater patriae*” y confirma que el punto de partida para la deconstrucción del héroe en el siglo veinte descansa en el texto citado de O’Gorman.²⁴

La obsesión por los aspectos intelectuales en torno a Hidalgo

Gabriel Méndez Plancarte había señalado en 1944 la nueva veta a explorar, la de Miguel Hidalgo y su misión intelectual en el Colegio

²⁴ Esperanza Garrido, “Evolución y manejo de la imagen de Miguel Hidalgo y Costilla en la pintura mexicana (1828-1960)”, en *Arte y Coerción. Primer Coloquio del Comité Mexicano de Historia del Arte*, México, UNAM, 1992, pp. 35-42. Explicaciones de la obra sobre Hidalgo de Linati, Arreguín, Zalce, Siqueiros, Chávez Morado, etcétera, se pueden encontrar en *Hidalgo entre escultores y pintores, op. cit.*, 1990. Ver de Fausto Ramírez

de San Nicolás, al difundir la ya mencionada Disertación.²⁵ Entonces comenzó a buscarse el conocimiento sobre la persona. Juan Ortega y Medina diría: “nos atrevemos a acercarnos a Hidalgo por el flanco que nos parece más íntimo y entrañable, y que está casi inédito”, al explorar, en 1952, “El problema de la conciencia cristiana en el padre Hidalgo”.²⁶ La comprensión del catolicismo de éste fue su aporte respecto de lo que entonces se debatía en la Facultad de Filosofía de la UNAM y en otras instituciones académicas: la fuerza del pensamiento tradicional en Miguel Hidalgo. Es un ensayo construido con base en preguntas, tales como: “La soberanía popular que proclamaba Hidalgo, ¿de qué lado se inclinaba? ¿Del lado enciclopedista e ilustrado o del lado de la filosofía tradicional iusnaturalista española?”, abundaba:

¿No será más correcto pensar que si Hidalgo no suscribió ese plan liberal que todavía se sigue echando de menos (y que inútilmente se quiere confeccionar, así sea a retazos y entusiastamente), no fue porque no tuviese uno, sino porque puso precisamente en marcha, con ligeros retoques afrancesados, el viejísimo plan de restitución cristiana que desde hace siglos se venía anunciando sin que hasta entonces se hubiera llevado siquiera en mínima parte a la práctica?

rez: “Hidalgo en su estudio: la ardua construcción de la imagen del *pater patriae*”, en *La construcción del héroe en España y México, 1789-1847*, Valencia, Universidad de Valencia, UAM-Iztapalapa, Universidad Veracruzana y El Colegio de Michoacán, 2003.

²⁵ Gabriel Méndez Plancarte, *Reformador intelectual y libertador de los esclavos*, Libros de “El Hijo pródigo”, 1944, pp. 9-20; *Abside*, Revista de Cultura Mejicana, México, t. XVII, núm. 2, septiembre-octubre, 1953, pp. 135-170; Editorial Letras de México en 1959 y edición de 1982 en la Universidad Michoacana.

²⁶ Juan A. Ortega y Medina, “El problema de la conciencia cristiana en el padre Hidalgo”, en *Filosofía y Letras*, revista de la Facultad de Filosofía y Letras, México, UNAM, t. XXIV, núm. 47-48, julio-diciembre de 1952; y en *Ensayos, Tareas y Estudios Históricos*, México, Universidad Veracruzana-Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, 1962, pp. 17-34.

¿No responden mucho mejor los bandos y proclamas revolucionarios de la época a la esencia cristiano-tradicional que a los fundamentos del liberalismo? ¿Y por qué precisamente los implacables jueces le hicieron admitir a Hidalgo que su empresa resultaba inconciliable con la doctrina evangélica; a saber, con el plan cristiano?

Si la preocupación era encontrar, y en algunos reivindicar a Hidalgo como buen cristiano, la discusión se inició con un punto: que en vísperas de la insurrección, Hidalgo estaba muy lejos de ser el clérigo desprestigiado pintado por sus enemigos, y que, a pesar de las acusaciones que se le hicieron en la inquisición, seguía gozando del aprecio de personas tan eminentes como el intendente de Guanajuato, Riaño y el obispo electo de Morelia, Manuel Abad y Queipo. Catalina Sierra subrayó que las de Hidalgo eran las ideas de la época, con las que comulgaban los entendidos en Las Luces. Eran las mismas de todos los miembros de la catedral michoacana, sus enemigos después de “el grito”:

Pero en el fondo de su conciencia, el sacerdote Hidalgo, que también lo fue, sabía que el movimiento por él iniciado se apegaba a la más auténtica doctrina cristiana. Pues había iniciado la redención de los indios y de las castas, los miserables, con los infamados por derecho, con los delincuentes, con los ignorantes, con los pobres. En una palabra, con los que nada tenían, como había dicho Abad y Queipo.²⁷

Juan Hernández Luna colaboró en el “aspecto del héroe, el menos estudiado, y que está reclamando la atención de todos”, en lo que consideró su verdadera contribución: “El mundo intelec-

²⁷ Catalina Sierra Casasús, “El excomulgador de Hidalgo”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. III, núm. 4, octubre-diciembre, 1953, pp. 178-191. Hay una gran cantidad de ensayos que abordan el tema de la excomunión. El último se debe a Jesús Gómez Fregoso: “Reflexiones jurídicas sobre el edicto de excomunión de don Miguel Hidalgo”, en *Revista Jurídica Jalisciense*, México, Departamento de Estudios e Investigaciones Jurídicas, 7 (1) 1997, pp. 141-165.

tual de Hidalgo”.²⁸ Allí retomó algo a frecuentar durante toda la segunda mitad del siglo veinte: la línea de vida. Hernández Luna distinguió tres etapas en Miguel Hidalgo. A la primera de niñez y estudios, siguió la de maestro:

Durante su estancia de veintisiete años en el Colegio de San Nicolás, Hidalgo adquiere una gran capacidad teórica, un rico equipo de técnicas mentales, un excelente instrumental de ideas, un vasto saber con qué hacer frente a su marco histórico. Pero al mismo tiempo adquiere una gran capacidad práctica, de realización, de modificación y transformación de la realidad circundante, esta congruencia entre teoría y práctica, entre saber y realidad, entre conocimiento y vida, es lo que distingue al universitario nicolaita Hidalgo, de aquellos universitarios de Capelo y golilla de la Pontificia Universidad Mexicana...

En el cambio de maestro a cura párroco, dice: “Hidalgo juega con la teología como juega el jugador; discute las cuestiones teológicas con la actitud y el ánimo del jugador. Es un teólogo *ludens*, un jugador de teología” que cambiará de mundo y se volverá el cura *faber*, el cura obrero. Con las imágenes del Hidalgo afrancesado y del mexicano universal termina su explicación. Al respecto, el afrancesado no se juzgó sostenible por sus colegas tal como se estaba caracterizando. Ése fue un aspecto particularmente criticado por Ortega y Medina. La sustancia del debate era desterrar la imagen de hereje de Hidalgo, defendida desde la primera mitad del siglo veinte por Nicolás Rangel, José Mancisidor y otros.²⁹ Estaban muy hechas las ideas para el

²⁸ Juan Hernández Luna, “El mundo intelectual de Hidalgo”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. III, núm. 4, octubre-diciembre, 1953, pp. 157-177.

²⁹ Xavier Tavera Alfaro, “Dos asedios a Hidalgo”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. IV, núm. 4, abril-junio, 1955, pp. 612-617.

momento en que escribió el maestro y periodista Rafael Moreno: “Hidalgo es el más moderno de los ilustrados del siglo XVIII”.³⁰ Por eso cayó bien reconocer que no se le apoyó en su movimiento y hasta se le denostó desde los claustros de la Universidad de México. El ensayo de Mariano Peset y José Luis Soberanes Fernández: “El levantamiento de Hidalgo y la Universidad de México”, de 1979, canceló el recurrente reproche a la Universidad.³¹

Lo anterior, sin menoscabo de Hidalgo al concentrarse unos años después el análisis en el humanismo del padre de la patria. Su respeto por los derechos del hombre tuvo una brillante culminación en la abolición de la esclavitud, según el gran estudioso de la libertad y la servidumbre, Silvio Zavala, quien abordó la relevancia de esta acción en el contexto filosófico de su época, concluyendo en su adelanto en relación con el mundo y permanente actualidad hasta muy entrado el siglo veinte:

La abolición de la esclavitud arriba explicada no queda sin efectos, a pesar de la derrota de la insurgencia acaudillada por Hidalgo, y de la ejecución de éste por los realistas españoles. García Ruiz señala que el principio es adoptado en los Elementos constitucionales de Rayón, luego en la Constitución de Apatzingán de 1814, en el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba de 1821, en la Constitución de 1824, en las Siete Leyes constitucionales de 1836...

Además, Hidalgo tiene un lugar preferente en la historia moderna de la liberación de los esclavos, porque decretó en forma especial su libertad y fijó una norma proce-

sal para establecerla. En 1813, la Asamblea de Buenos Aires incorporó el principio abolicionista. Y en 1817, Inglaterra y España convinieron en abolir el tráfico de esclavos. Pero la institución subsistió en los Estados Unidos de América, en Cuba y el Brasil, hasta la segunda mitad del siglo XIX.³²

Ahora bien, entre las influencias políticas notables, a las últimas fechas, además del reconocimiento absoluto a las españolas y con las francesas en permanente entredicho, las estadounidenses han vuelto a ser revisadas pensándose que fueron importantes para definir la postura de Hidalgo frente a los derechos del hombre. El ensayo de 2003 de Moisés Guzmán Pérez: “Hidalgo y los Estados Unidos”, es parte del libro más reciente con un aporte documental relevante: Miguel Hidalgo y el gobierno insurgente en Valladolid.³³ El autor trató de hacer más abierta la presencia de los Estados Unidos en el mundo intelectual del teólogo Miguel Hidalgo. Revisa varios aspectos novedosos sobre la circulación de las ideas de Estados Unidos en la capital michoacana y discute cómo más allá de la inspiración francesa se traducían las *Declaraciones de Derechos* de las colonias estadounidenses.

¿Entre la violencia y la libertad?

En tiempos del bicentenario, el centro del problema era que en ningún otro mártir de la patria pesaba una responsabilidad semejante a la depositada en Miguel Hidalgo, “el que dirigió nuestros pasos hacia la libertad”, según observó Francisco Bulnes en 1910:

³⁰ Rafael Moreno Montes de Oca, “La teología ilustrada de Hidalgo”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. V, enero-marzo, núm. 3, 1956, pp. 321-336; “La filosofía de la ilustración en México, estudios interpretativos”, México, tesis de maestría, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1962.

³¹ José Luis Soberanes y Mariano Peset, *El levantamiento de Hidalgo y la Universidad de México*, México, UNAM-Centro de Estudios de la Universidad, 1979.

³² Silvio Zavala, “Miguel Hidalgo, libertador de los esclavos”, en *Temas hispanoamericanos en su Quinto Centenario*, México, Porrúa, 1986, pp. 189-206. Hay ediciones *Por la senda hispana de la libertad*, México, Mapfre/FCE, 1993, pp. 257-268.

³³ Moisés Guzmán Pérez, “Hidalgo y los Estados Unidos”, en *Miguel Hidalgo y el gobierno insurgente en Valladolid*, Morelia, Universidad Michoacana, 2003.

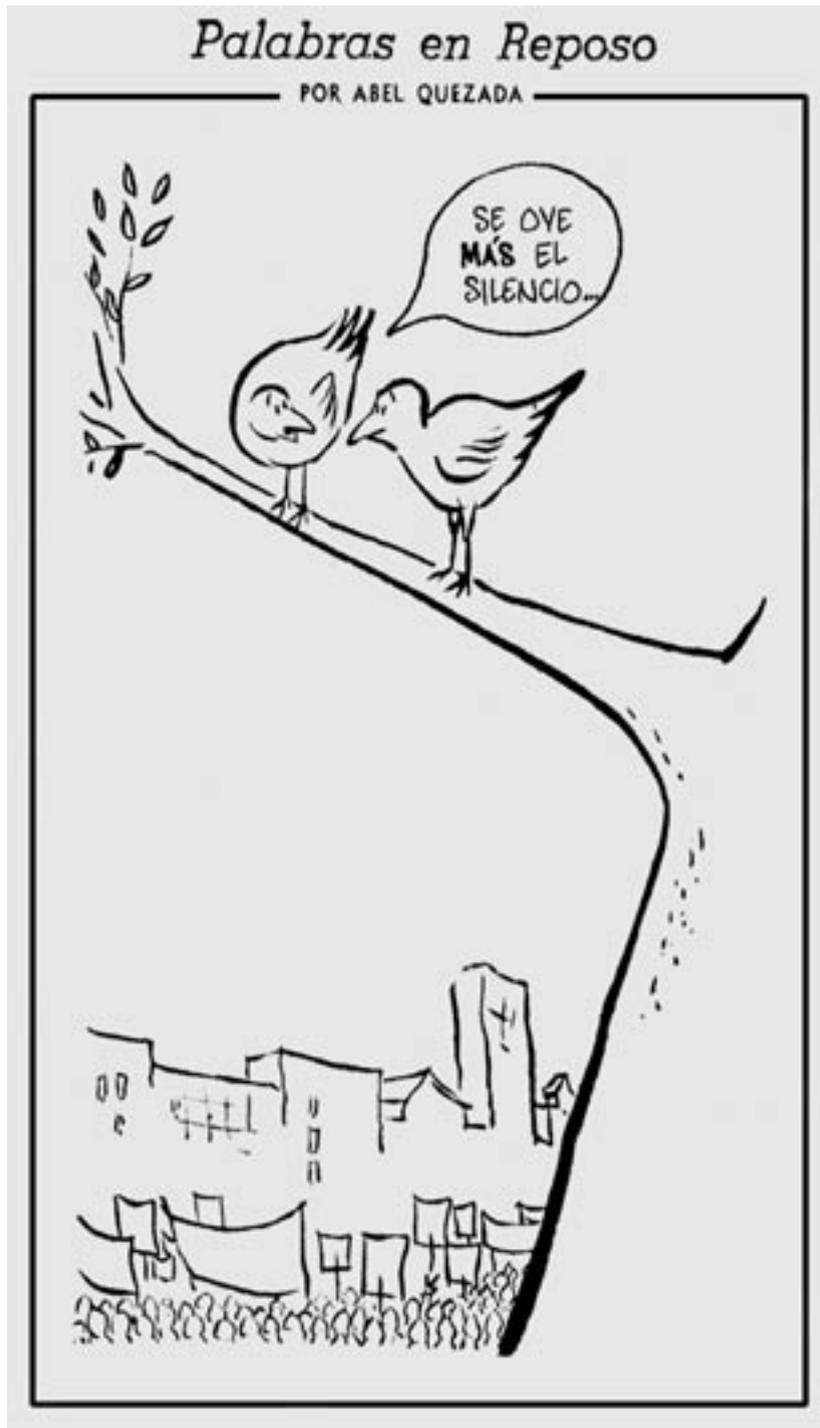


Figura 7. (*Excelsior*, 14 de septiembre de 1968.
Archivo Histórico CESU, UNAM).

El cura Hidalgo no era responsable de todas las fuerzas caóticas y civilizadoras que contiene una sociedad, ¿cómo revolucionario, hizo mal en determinar la conflagración general?

Luis Villoro volvió a Hidalgo a su dimensión humana desde la filosofía de la historia en su libro de diciembre de 1953, *La revolución de independencia; ensayo de interpretación histórica*. Causó franca admiración su tesis “sobre el sentido de la historia, esto es, el hacer filosofía de la historia como la meta más alta a la que se podía aspirar en el campo intelectual”.³⁴ A un siglo de distancia de Bustamante y Alamán volvía Villoro sobre *el hombre concreto arrojado en el mundo*: “el lugar de lo humano en la historia no podrá encontrarse fuera de los límites que le señala su situación”. Villoro explicará cómo toda respuesta encierra esa peculiar actitud del hombre ante su mundo histórico, que le sirve de fundamento:

Pero este movimiento de libertad, descrito en la persona de Hidalgo, no tendría en verdad mucha importancia histórica si no se presentara como el caso más señalado de una conmoción análoga que sacude a la gran masa del pueblo. Hidalgo aparece entonces como el individuo en que alcanza mayor lucidez y agudeza la conciencia de un movimiento que ejecuta una vasta comunidad humana. Si su decisión se realiza y adquiere los caracteres que hemos descrito es porque comulga, en el mismo momento, con el ímpetu terrible de todo el pueblo.

Hidalgo pone la libertad como fundamento de todo acto y, en ese preciso instante, busca encontrarse con la fuente originaria

³⁴ Luis Villoro, “Hidalgo: violencia y libertad”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. II, núm. 2, octubre-diciembre de 1952, pp. 223-239; *La revolución de independencia. Ensayo de interpretación histórica*, México, UNAM, 1953. En general, se consulta la segunda edición de 1967, en la que cambió el título a *El proceso ideológico de la revolución de Independencia*.

de todo orden social: el pueblo. La palabra de Hidalgo es sólo el detonante que da lugar a una explosión enteramente análoga. De pronto, el pueblo se erige a sí mismo como el principio libre del orden social. No ha precedido deliberación, ni labor de convencimiento: el alzamiento es repentino: *Grito*, lo llaman, simbolizando con esa palabra el acto tajante y contundente.

Luis González admiró el esfuerzo concretado por Villoro al apoyar sus análisis en documentos de primera mano, pues no pudo contar con los libros y ensayos de José Miranda, Alfonso García Ruiz, Moisés González Navarro, Rafael Moreno, Juan Hernández Luna, Francisco López Cámara y otros que el lector encontrará listados en la sección “Andamio” de este mismo volumen: los confeccionados en forma simultánea al de Villoro. Lo más reprochable en México de *La revolución de independencia; ensayo de interpretación histórica*, fue su análisis de la sociedad que vivió la Independencia en términos de clases sociales. En Estados Unidos, Hugh M. Hamill Jr. le señaló la falta de crítica frente al enorme costo de la revuelta de Hidalgo, aunque lo consideraba, como se hacía en México, como el mejor libro de los producidos en ocasión del bicentenario. La lucha de Villoro con las fuentes primarias y la habilidad para evitar las teorías preconcebidas lo hacían refrescante y original. Sin embargo, para Hamill, Hidalgo hizo mal en desatar la conflagración general e inspirado en lo dicho por el doctor Mora señaló que el conflicto entre libertad y orden abierto por Hidalgo permanecería en la década de la guerra y la breve época de Iturbide y sería el responsable de las olas de desilusiones que siguieron al establecimiento de la República.³⁵

³⁵ Hugh M. Hamill Jr., [reseña] “*La Revolución de Independencia: Ensayo de interpretación histórica* by Luis Villoro, México City, UNAM, Imprenta Universitaria-Consejo de Humanidades, Ediciones del Bicentenario del Nacimiento de Hidalgo, 239 p.”, en *Hispanic American Historical Review*, New York University Press, vol. 34, núm. 4, nov. 1954, pp. 559-560.

En 1952, Luis Villoro había escrito: “En las horas postreras el cura de Dolores percibe con lucidez asombrosa el problema que habrá de preocupar a toda la historia posterior de su patria y que podemos condensar en dos palabras: violencia y libertad”. En 1954, Catalina Sierra volvió a preguntarse a propósito de Villoro: ¿hasta qué punto se puede justificar la violencia cuando ésta constituye el único camino para alcanzar la libertad?³⁶ El ensayo de Carlos Herrejón titulado: “Hidalgo. Razones de la insurgencia”, es la respuesta más puntual desde la historia. En su “Hidalgo: razones personales”, hablará del teólogo, el afrancesado, el párroco y el administrador.³⁷ Los documentos de su mundo intelectual y los conocidos en las últimas décadas sobre sus asuntos personales, fueron el puente para llegar a lo que en nuestros días se cree que fue Hidalgo. Una investigación documental novedosa le sirvió para sopesar su persona, para leer las mismas fuentes que leyó Hidalgo, haciendo luz sobre su fase preinsurgente y despejando muchas sombras de su vida: he aquí las razones, hasta las personales para proceder como lo hizo desde su estado religioso. Se han bautizado los años de 1808, 1809 y 1810 como los años cruciales ante la crisis de la monarquía española, la ruptura de la legitimidad política en la Nueva España y la posible victoria de las tropas napoleónicas sobre las españolas en la península ibérica. Éstas fueron las palabras con las que el autor despejó en 1992 la complejidad del instante:

Con la primavera de 1810 llegaron a la Nueva España las noticias de la toma de Andalucía por los franceses. España se

³⁶ Luis González y González y Catalina Sierra Casasús, “Nuevos puntos de vista sobre la Independencia”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. IV, julio-septiembre de 1954, pp. 124-138.

³⁷ Carlos Herrejón Peredo, “Hidalgo. Razones de la Insurgencia”, en *Hidalgo. Razones de la insurgencia y biografía documental*, México, SEP/Cien de México, 1987, pp. 15 y siguientes. Consultar del mismo autor: *Hidalgo antes del Grito de Dolores*, Morelia, Universidad Michoacana y Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita, 1992.

perdía y la siguiente iba a ser la Nueva España. Cundió la voz de alarma, las autoridades de la mitra michoacana lanzaron una vehemente exhortación para que ellos mismos fueran los primeros en la guerra santa contra el impío invasor. Todos los párrocos empezaron a predicarla. Sólo faltaba que alguien de reconocida autoridad cambiara el término que había que cambiar: *invasor* por *gachupín*. Con las luces y las sombras que había recogido en sus cincuenta y siete años de edad, Hidalgo lo hizo...³⁸

Ahora bien, para los años noventa, la historia regional daba un avance en la localización del cura de Dolores, según sus aficiones campiranas y actividades como propietario de tierras. Edmundo O’Gorman y David A. Brading habían dado a conocer décadas atrás los primeros papeles relacionados con el Hidalgo propietario de tierras en el valle de Jariepo: su situación económica y actuación como litigante de cara a la consolidación de vales reales. Ramón Alonso Pérez Escutia, a partir de esos hallazgos documentales, enriqueció el conocimiento de los hermanos Hidalgo y el drama de su propiedad familiar, apoyado en una abundancia de documentos locales del valle de Jariepo.³⁹

Luis González y González también distinguirá varios Hidalgos: el sacerdote filósofo, el cura caritativo, el capitán de multitudes y el protomártir civil, para explorar hacia 1992 el de seductor de multitudes. En “El gran seductor”

³⁸ Carlos Herrejón Peredo, “Hidalgo. Razones personales”, en Jean Meyer (coord.), *op. cit.*, 1992, pp. 161-171.

³⁹ Ramón Alonso Pérez Escutia, “Hidalgo: propietario y litigante”, en *Aspectos de la vida preinsurgente de Hidalgo (hacendado, litigante y administrador)*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, Centro de Estudios sobre Cultura Nicolaita, 1991, pp. 21-69. Ver de David A. Brading, “La situación económica de los hermanos don Miguel y don Manuel Hidalgo y Costilla, 1807”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, Secretaría de Gobernación, XI (1 y 2) 1970, pp. 15-82.

aborda una de las personalidades mayores de Hidalgo: “ninguna ha sido tan fascinante y discutible como la de caudillo iluminado”, escribió despejando las consecuencias de lo llamado por Villoro, el instante de la libertad negativa:

Ninguno de los móviles de la parte popular de la insurrección de Hidalgo le dio a ésta la solidez que requería para salir adelante. Las enormes multitudes arremolinadas alrededor del venerable cura se arremolinaban con la misma rapidez con que se reunían. La violencia de la turbamulta que apapachó Hidalgo fue más breve que la corta carrera revolucionaria del sacerdote. Después del desastre en Aculco, la popularidad del jefe santo se minimizó. Las deserciones se acrecentaron, y de allí en adelante hubo pocos adherentes. Muchos volvieron a sus querencias. Muchos le tomaron afecto al robo.

La impopularidad del movimiento de Hidalgo fue producto del pueblo transformado en chusma. Pese a la historia de bronce canonizadora del remolino social que insufló el Párroco de Dolores, éste se mantuvo en la retentiva de la gente como una calamidad pública más catastrófica que un temblor de tierra y tan terrible como una peste.

Luis González llegó a pensar que el avance de los estudios de la década de 1990 podía conducir, hasta a la opinión pública, a ver a Hidalgo como un estorbo para los procesos constitucionalistas que se iniciaron tras la caída de la monarquía española en 1808.⁴⁰ También dijo que el lector podrá encontrar ahora una imagen del hombre Hidalgo y de su circunstancia nacional menos emotiva y más esclarecedora:

⁴⁰ Luis González y González, “El gran seductor”, en el libro editado por Jean Meyer, *op. cit.*, 1992, pp. 151-159. Ver también el discurso leído el 8 de mayo de 1995 en la Universidad Michoacana, en ocasión del 242 aniversario del natalicio del prócer, en “Nueva imagen del padre Hidalgo”, en *Obras completas III*, Clío, 1995, p. 157; la cita en p. 162.

La nueva historia describe a fondo el siglo de las luces a que perteneció, estudia las carencias económicas, los roces sociales, los valores religiosos de la sociedad novohispana de principios del siglo XIX, los abusos de la institución que se hizo acreedora al mote de “mal gobierno”. La historiografía de ahora da cuenta exacta de la función de los eclesiásticos en aquella sociedad, y sobre todo examina, de la cabeza a los pies, los afueras y los adentros, el pensar, sentir y hacer y los diferentes modos del niño de Corralejo, del estudiante de San Nicolás, del catedrático en la refaccionaria de sacerdotes de Valladolid, del cura de Dolores, del caudillo revolucionario y, en suma, del complejo personaje que en la vida real respondía al nombre de Miguel Hidalgo.⁴¹

El fenómeno Hamill

Hasta los años sesenta, los interesados en Hidalgo contaron con una historiografía en lengua inglesa que podían o no soslayar. Tomando como punto de partida el “Miguel Hidalgo” de H. Bancroft, de finales del siglo diecinueve, correspondiendo con el centenario mexicano se publicó el libro de Arthur Howard Noll, *The Life and Times of Miguel Hidalgo y Costilla* (Chicago, 1910). Además, apareció un folleto en español de Enrique Santibáñez, titulado: *Hidalgo, iniciador de la Independencia de México* (Nueva York, 1919) y décadas después otro, de Miguel Álvarez Acosta, titulado: *Hidalgo. Intento biográfico* (San Antonio Texas, 1939). En los años de la Segunda Guerra y la posguerra mundiales circuló el libro de Marion Lansing, *Liberators and Heroes of Mexico and Central America* (Boston, 1941).⁴² Aunque sin duda el mejor ejemplo del

⁴¹ Luis González y González, “Nueva imagen del padre Hidalgo”, en *Obras completas. La magia de la Nueva España*, tomo III, 1995.

⁴² Hubert Howe Bancroft, “Miguel Hidalgo y Costilla”, en *History of Mexico*, San Francisco California, t. IV, 1886-1888, pp. 102-289 (Works of Hubert Howe Bancroft, 9-14).

interés por México es el libro de L. B. Simpson, *Many Mexico's*, del mismo año, que ofrece algunos puntos de vista críticos de los historiadores norteamericanos en muchos aspectos polémicos y delicados para los nacionalistas mexicanos, razón por la que este libro se tradujo y publicó en México casi cuarenta años después. Escribió Simpson en la parte correspondiente a la Independencia: “el movimiento al que llamo ‘el gran motín’ es el de las guerras de Independencia, tan desordenado y confuso como el caos”.⁴³

Los estadounidenses comenzaron a realizar análisis comparativos de los próceres en tiempos en que los mexicanos privilegiaban básicamente la comparación heredada del diecinueve: Hidalgo e Iturbide (aunque en la segunda mitad del siglo veinte la comparación más frecuentada entre mexicanos será entre Hidalgo y Morelos). En esta línea de ofrecer biografías de un conjunto de ellos, el libro de John Anthony Caruso (Nueva York, 1954), *The Libertators of Mexico*, tuvo su repercusión en nuestro país como un libro muy documentado en fuentes secundarias, sobre las destacadas figuras de Hidalgo como reformador, Morelos como *siervo de la nación* e Iturbide como el libertador. Sobre Hidalgo pondera las experiencias vitales por las que se vislumbra su inclinación social: por ellas se puede concluir que la emancipación del indio era el objetivo principal de la revolución. Al considerar que desde el principio el movimiento estuvo condenado por la violencia, el desorden y la confusión, concluye en el Hidalgo que aborrecía a los españoles y acaudilló a los indios (Morelos se unió a los mestizos e Iturbide logró el apoyo de los criollos y se convirtió en libertador de México).⁴⁴ Contar con una biografía en inglés de Hidalgo era una vieja necesidad que todos los mexicanistas en Estados Unidos reconocían, según escribió W. H. Timmons en la década de los años sesenta.

⁴³ Lesley B. Simpson, *op. cit.*

⁴⁴ John Anthony Caruso, *The Libertators of Mexico*, New York, Pageant Press, 1954.

Es momento de hablar del mejor libro del siglo xx: *The Hidalgo Revolt* (Florida, 1966, con reediciones posteriores en inglés y sin traducción al español).⁴⁵ El verdadero interesado en Hidalgo podría quedarse con una idea inacabada si no atendiera a lo escrito por los colegas estadounidenses y canadienses, al menos desde este libro. Hugh M. Hamill Jr. es el gran revisor de Hidalgo pero lo es especialmente de su revuelta. Timmons, al reseñar en 1967 el libro de Hamill, señaló que éste trataba los puntos controversiales directa y lógicamente, argumentando con convicción y proporcionando la documentación correspondiente. Para Timmons, el fracaso de la temporada de 1953 había sido rectificado en este estudio, el mejor en cualquier lengua, escribió, alabando los sacrificios de Hamill para reconocer todos los documentos que pudo.⁴⁶ Hay líneas que se pueden seguir desde el mencionado libro de Simpson, *Many Mexico's*. Hamill cita la edición de Berkeley de 1952: al año siguiente comenzaba a investigar a Hidalgo profesionalmente.⁴⁷ Quizá tuvo menos presente *The Liberators*, de Caruso, considerando lo esenciales que para él son las fuentes primarias.

La idea es que el movimiento por la Independencia estaba condenado desde el principio al

⁴⁵ Hugh M. Hamill Jr., *The Hidalgo Revolt. Prelude to Mexican Independence*, Jacksonville, Florida, University of Florida Press, 1966. Reeditado en 1970 y 1980.

⁴⁶ W. H. Timmons, [reseña] “Hugh M. Hamill Jr., *The Hidalgo Revolt; prelude to Mexican Independence*”, en *Hispanic American Historical Review*, New York, University of Florida Press, vol. 47, núm. 1-4, 1967, pp. 574-575.

⁴⁷ Su artículo sobre Hidalgo, de 1961, se titula “Early Psychological Warfare in the Hidalgo Revolt”, en *Hispanic American Historical Review*, New York, University of Florida Press, vol. 41, núm. 2, may 1961, pp. 306-335. Hamill ha sostenido su interpretación, recreándola sucesivamente. Ver sus ensayos: “An ‘Absurd Insurrection’?, Creole Insecurity, Pro-Hispanic Propaganda and the Hidalgo Revolt”, en Christon I. Archer (ed.), *The Birth of Modern Mexico 1780-1824*, Wilmington Delawewe, Scholarly Resources, 2003, pp. 67-84; y, “Caudillismo and Independence: a Symbiosis?”, en *The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation*, Jaime E. Rodríguez O., (ed.), Los Angeles, University of California Press, 1989, pp. 163-174.

fracaso. Para Hamill, Hidalgo fue el hombre que representaba muchas de las frustraciones características del grupo criollo, aunque lo verdaderamente importante es que hizo volver la mirada de muchos investigadores a esa revuelta. Propuso que la decisión de Hidalgo fue irracional y esa decisión instantánea determinó el curso futuro: los criollos se horrorizaron ante la violencia mientras que la propaganda realista contra-insurgente fue exitosa. Que Hidalgo no tomara la Ciudad de México fue un síntoma, más que una causa, de la derrota final de un movimiento anárquico y destructivo por un apoyo a la vez excesivo e insuficiente. No se puede olvidar que uno de los primeros y más altos momentos en el advenimiento de la palabra escrita nos heredó el horror de esta guerra en todos los géneros literarios conocidos (las fuentes de Hamill) y cifra con palabras antiquísimas y misteriosas como “furor” y “frenesí”.

Aunque su desacuerdo central con los historiadores mexicanos era que negaban la autenticidad de la retractación de Hidalgo, mientras que las evidencias indicaban que Hidalgo abjuró de la revuelta al considerarla finalmente un error: “me dejé llevar del frenesí revolucionario”, dijo Hidalgo. Las enormes multitudes en torno a los jefes rebeldes produjeron imágenes terribles que comenzaron a golpear el tradicionalismo en torno a Hidalgo: nuestra afición nacional. Ciertamente Bulnes había recogido la imagen “del humilde, pero digno arrepentimiento de Hidalgo”. Los historiadores mexicanos posteriores a Hamill en general reconocen el hecho y su responsabilidad en los excesos de la revolución, como Jean Meyer y Villalpando César.⁴⁸ En Estados Unidos, después de Hamill la oferta de libros sobre Hidalgo volvió a su viejo perfil sin superarlo, no así los estudios sobre la revuelta de Hidalgo, de los que se hablará adelante. En México, se pudieron consultar los libros de Mark

⁴⁸ Ver los matices en: Jean Meyer, *Hidalgo*, México, Clío, 1996 (Serie antorcha encendida); y José Manuel Villalpando, *Miguel Hidalgo*, México, Planeta-De Agostini, 2002.

Lieberman: *Hidalgo, Mexican Revolutionary* (Nueva York, 1970); se reeditó en facsimilar el citado libro del centenario, de Arthur H. Noll: *The Life and Times of Miguel Hidalgo y Costilla* (Nueva York, 1973, original de Chicago), y el de Berenice Scott: *The Grito of September Sixteenth. Biography of Padre Miguel Hidalgo* (Texas, 1981).

Los pasos hacia la revuelta

Hamill había dado a conocer a un Hidalgo a la cabeza de una revuelta anárquica y destructiva. Hay acuerdo en que el ambicioso interés de Hidalgo fue independizar la Nueva España y expulsar a los españoles. Sin embargo, según la visión de muchos historiadores mexicanos y norteamericanos, la falta de un plan político llevó el movimiento al desastre. Del siglo veinte había sido insistir, entre historiadores mexicanos, en lo que significó el liderazgo de los hombres de la Iglesia en nuestra primera guerra civil. En la segunda mitad del siglo, la historiografía en lengua inglesa privilegió el análisis de los curas en la revuelta y la situación previa de la corporación eclesiástica.⁴⁹ La década de los años setenta privilegió en México la comparación entre Hidalgo y Morelos, respecto de las enormes consecuencias de sus diferentes procedimientos militares y la gran identidad en el pensamiento social. En los Estados Unidos, para completar el análisis de este tipo de caudillismo, al libro de Hamill sobre Hidalgo se sumó en este tiempo el de Timmons sobre Morelos.⁵⁰ En México, las reflexiones y paralelos más interesantes fueron obra

⁴⁹ David A. Brading, *Church and State in Bourbon Mexico: The Diocese of Michoacan 1749-1810*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; Nancy M. Farris, *Crown and Clergy in Colonial Mexico, 1759-1821: The Crisis of Ecclesiastical Privilege*, London, The Athlone Press, 1968; William B. Taylor, *Magistrates of the Sacred: Priests and Parishioners in Eighteenth Century Mexico*, Stanford, Stanford University Press, 1996.

⁵⁰ Wilbert H. Timmons, *Morelos, sacerdote, soldado, estadista*, México, FCE, 1983. Primera edición con el título *Morelos: Priest, Soldier, Statesman of Mexico* (El Paso, Texas Western College Press).

de Ernesto Lemoine,⁵¹ Carlos Herrejón Peredo⁵² y Enrique Krauze en su *Siglo de caudillos*.⁵³

Ahora bien, en nuestra última década se comenzó a insistir sobre el vínculo entre Hidalgo y Allende como no suficientemente comprendido y no por falta de indicios. Habiéndose considerado siempre a Hidalgo el jefe principal no fue su principal promotor, sino el capitán de los dragones de San Miguel el Grande y la junta de conspiradores de esa villa, quienes lo invitaron a la causa. Guadalupe Jiménez Codinach analizó este aspecto.⁵⁴ Las consecuencias de la concentración inicial del mando militar en Hidalgo fueron enormes, había escrito Simpson:

Aun si admitimos esa fe mítica que Hidalgo tenía de sí mismo y el ascendiente que ella le daba sobre sus seguidores, es difícil no llegar a la conclusión de que su dirección de la insurrección fue calamitosa, no sólo por las consecuencias inmediatas sino por su legado de violencia sangrienta, que estuvo a punto de destruir el país. No hay que buscar, claro está, suaves razonamien-

⁵¹ Ernesto Lemoine Villicaña, antes de hablar sobre Morelos, lo hizo sobre Hidalgo en “Las vísperas y el hombre”. Ver *Morelos y la revolución de 1810*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán, 1979, pp. 143-226. En el mismo caso estuvo Alfonso Teja Zabre, biógrafo de Morelos, quien para comprenderlo tuvo que estudiar antes (en 1934) al primer caudillo.

⁵² Carlos Herrejón Peredo mantuvo en paralelo a la preparación de *Hidalgo. Razones de la insurgencia y biografía documental*, (México, SEP-Dirección General de Publicaciones y Medios, 1987) el estudio que concluyó en su libro titulado: *Morelos. Documentos inéditos de su vida revolucionaria*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1987.

⁵³ Enrique Krauze, “Sacerdotes insurgentes”, en *Siglo de Caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, México, Tusquets, 1994, pp. 51-94.

⁵⁴ Guadalupe Jiménez Codinach, “La conspiración de San Miguel el Grande”, en la sección *Enfoque*, 90, del diario *Reforma*, México, 16 de septiembre de 1995, pp. 10-11. Se sugiere también leer su texto: “De alta lealtad. Ignacio Allende y los sucesos de 1808-1811”, en *Las guerras de Independencia en la América española*, Marta Terán y José Antonio Serrano Ortega (eds.), El Colegio de Michoacán-INAH-Universidad Michoacana, 2002. Sobre los preparativos de Ignacio Allende para iniciar la guerra, ver de Marta Terán: “Las primeras

tos en una jacquerie, pero no puedo por menos de creer que si el movimiento, desde su comienzo, lo hubiese dirigido un soldado como Allende, el resultado no hubiera sido la tragedia sin atenuantes que fue.”⁵⁵

Son de Christon I. Archer los esfuerzos más destacados para analizar el proceso de la Independencia y el movimiento de Hidalgo desde su perspectiva militar. Al dudar de la capacidad organizativa insurgente hizo sobresalir el que Hidalgo y sus compañeros comenzaron un movimiento muy general que se subdividiría y reanimaría sin fin:

Ya en marzo de 1811 con la captura y eliminación del cura Hidalgo y sus jefes principales, la rebelión se transformó en un movimiento espontáneo con elementos de milenarismo, mesianismo y un idealismo confuso, a una serie de insurgencias regionales populares con los métodos de la guerrilla y el control del campo para confundir y golpear a los realistas de las ciudades y distritos cercanos. Las acciones militares de 1810-1811 iban a dar lecciones a los rebeldes del Bajío sobre las posibles estrategias y la introducción del programa realista de contrainsurgencia y además iban a destruir las ilusiones sobrantes. Desafortunadamente para el futuro de México, la fragmentación del país y de su población, hicieron difícil la vuelta de un gobierno central efectivo... A pesar de la opinión de muchos historiadores, desde Lucas Alamán, el cura Hidalgo comenzó una revolución que continuaría hasta lograr la independencia política y se desarrollaría todo el siglo XIX.⁵⁶

banderas del movimiento por la Independencia. El patrimonio histórico de México en el Museo del Ejército español”, en el libro coordinado por Eduardo N. Mijangos, *Movimientos sociales en Michoacán. Siglos XIX y XX*, Morelia, Universidad Michoacana, 1999, pp. 17-38

⁵⁵ Lesley B. Simpson, *op. cit.*, p. 217.

⁵⁶ Christon I. Archer, “La revolución desastrosa: fragmentación, crisis social y la insurgencia del cura

Queda por señalar que el análisis de las reivindicaciones sociales insurgentes se había concentrado en los bandos y decretos para resolver los problemas de una sociedad con una desigualdad tan tremenda en la distribución de la riqueza, de la civilización, del cultivo de la tierra y de la población. Moisés González Navarro ordenó los puntos en la materia en su ensayo de 1955 titulado: “La política social de Hidalgo”.⁵⁷ En Hidalgo se fincaba la superación de la esclavitud, la acción agraria, la de los tributos y la diferenciación estamental de la sociedad, cierto, pero hay un asunto que sopesó: el que existieran muchas más reivindicaciones para los criollos, más que para los indios. González Navarro quiso sentar realidad en la imagen histórica de Hidalgo que preveía y, al parecer, Mancisidor había dado forma pública en el Hidalgo agrarista del siglo de la reforma agraria y la Revolución mexicana. No hay antecedentes de reparto o división de tierras sino la restitución a los indios de las que mantenían arrendadas, dice, ya bastante. Ahora bien, tres décadas después, Enrique Florescano, al analizar los problemas agrarios en la historia de México, puso en duda la importancia de los decretos de restitución de las tierras arrendadas que pertenecían a los indios. A pesar de haber sido importantes, a su parecer las comunidades indígenas ya poseían muy pocas tierras para el momento, a juicio también del historiador Eric van Young ¿se podía reducir el de Hidalgo a un movimiento agrario sin agrarismo? Este último autor ofreció razones culturales y económicas variadas y poderosas que se podían añadir a otras, mesiánicas y milenaristas, etcétera.⁵⁸ Así es que, de suponerse que los

decretos sobre el arrendamiento eran importantes en la primera mitad del siglo en la segunda se descartaban, en los dos casos, sin conocerse esta práctica del gobierno español. El movimiento de Hidalgo parece más adelantado en la teoría social que en la política. Hidalgo profesaba las ideas de la fisiocracia. Al suponer a la agricultura la fuente fundamental de la riqueza, se oponía al arrendamiento que hacían las autoridades sobre los bienes comunales de los indios, por los indios, pero también por los rancheros criollos y mestizos quienes preferentemente arrendaban las tierras y daban al erario real (no a los indios) esa rica y ascendente renta. El ensayo de Marta Terán, de 1997, “Los decretos insurgentes que abolieron el arrendamiento de las tierras de los indios en 1810”, devolvió a los decretos de Hidalgo su singular importancia, particularmente en el lugar donde comenzó la guerra, en el obispado de Michoacán. Los indios de Michoacán apoyaron por ellos a Hidalgo en su movimiento.⁵⁹ Sobre las ideas y aspiraciones de los grupos sociales rurales que elevaron a Hidalgo, de sus componentes y tensiones, el aporte de los historiadores ingleses y estadounidenses es imponderable, nos han permitido comprender mucho más a la sociedad bajo el impacto de la guerra tomando en cuenta también el liderazgo de los realistas y sus respectivas bases sociales. A principios de los años ochenta se habían intensificado las preguntas acerca de las bases sociales de este movimiento, a la luz de lo escrito sobre El Bajío por Eric Wolf y John Tutino: al movimiento lo determinaban en su alcance, tanto la situación económica y de la población en El Bajío, como que el estallido

Miguel Hidalgo”, en Jean Meyer (coord.), *op. cit.*, 1992, p. 128.

⁵⁷ Moisés González Navarro, “La política social de Hidalgo”, en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, INAH-Secretaría de Educación Pública, t. VII, núm. 36, 1955, pp. 125-137. José Mancisidor, *Hidalgo y la cuestión agraria*, México, Taller autográfico, 1944.

⁵⁸ Enrique Florescano, *Origen y desarrollo de los problemas agrarios en México 1500-1821*, México, Lec-

turas Mexicanas/SEP, 1986; Eric van Young, “Hacia la insurrección. Orígenes agrarios de la revolución de Hidalgo en la región de Guadalajara”, en Friedrich Katz, *Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al XX*, I, pp. 164-186.

⁵⁹ Marta Terán, “Los decretos insurgentes que abolieron el arrendamiento de las tierras de los indios en 1810”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, XLI, México, Academia Mexicana de Historia, 1997, pp. 87-109.

social inaugurara un siglo de violencia rural en México.⁶⁰

Ahora se deambula entre dos interpretaciones extremas. La caracterización del movimiento de Hidalgo como una jacquerie y la sobredeterminación, sobre el proceso de la guerra, del proceso autonomista novohispano que se inició en 1808, antes del Grito de Dolores. Los nuevos autores nos inducen a pensar, por ejemplo, en si el constitucionalismo y los procesos representativos tras la caída de la monarquía española hubieran conducido a la independencia sin tantas pérdidas. En si, como señaló Hamill, desde 1810 la revolución criolla estaba lista: entonces Hidalgo hubiera podido ganar una victoria política en pocas semanas de no aliarse con las bases que lo proclamaron. El problema es que, si la Independencia mexicana debe ser ubicada en el complejo y accidentado proceso hispanoamericano de emancipación, como indican muchos autores, entonces, no queda claro si puede ser vista la participación popular en la revolución de Independencia únicamente como una dilación tan inútil como sangrienta y cruel. Para responder, los interesados en la sociedad rural alentaron una línea sostenida de discusiones acerca de las caracterizaciones del movimiento: si realmente fue un gran motín, una revuelta catastrófica, calamitosa, desastrosa; una rebelión generalizada aunque discontinua; una revolución: de Friederich Katz a Eric van Young la tipología no cesa si pensamos en la definición del último sobre algunos movimientos regionales de voz propia, como revoluciones en miniatura, en su más reciente libro: *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*.⁶¹

⁶⁰ John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1986. Editado en el mismo año por la editorial Era de México; Eric Wolf, "The Mexican Bajío in the Eighteenth Century", en *Synoptic Studies of Mexican Culture*, núm. 17, Nueva Orleans, Middle American Research Institute of Tulane University Publications, 1955.

⁶¹ Friedrich Katz, *op. cit.*, primera edición en inglés con el título *Riot, Rebellion and Revolution. Rural*

Adiós al santo laico

La sensación de los muchos Hidalgos había dominado como impresión general en la mayor parte del siglo veinte. La de Hernández Luna era una pluralidad a la vista de las sucesivas generaciones: "La impresión que da este conjunto histórico de imágenes de Hidalgo y de la Independencia, es la de que no hay un solo Hidalgo sino muchos, y que la Independencia no es una sino múltiple."

En las últimas décadas, con todo, se pudo afinar el concepto de pluralidad. La pluralidad en Luis González iba hacia la multitud de insurrecciones:

La Independencia es múltiple en el tiempo y en el espacio, y por lo mismo, es absurdo intentar una imagen unívoca de ella. La explosión originaria de México es una multitud de insurrecciones que se dan en distintas fechas de un decenio, en diferentes lugares de la Nueva España, cada uno con cabeza propia y con programas, proyectos y procederes específicos. De todas, la que ha producido mayor alharaca es la que lleva el nombre de la insurrección del cura Hidalgo: complejo asunto...

En el último encuentro académico concentrado en Hidalgo (de 1992), coordinado por Jean Meyer, se analizaron comparativamente las figuras de Pugachev y Túpac Amaru, con Hidalgo.⁶² La caracterización que hizo Florescano del movimiento de Hidalgo en las conclusiones del encuentro, después de evocar coincidencias y diferencias en el tiempo, subrayó que los dos primeros presentan más rasgos semejantes. El movimiento de Hidalgo es un acontecimiento distinto por su carácter sostenido, escala

Social Conflict in Mexico, Princeton, Princeton University Press, 1988; ver, de Eric van Young, *The Other Rebellion: Popular Violence. Ideology and the Mexican Struggle for Independence (1810-1821)*, Stanford, California, Stanford University Press, 2001.

⁶² Jean Meyer (coord.), *op. cit.*, 1992.

y alcance mayor, y lo importante, se propuso una meta muy concreta: cortar la relación con España, conseguir la independencia. A diferencia de los movimientos comparados, además, el movimiento de Hidalgo recibió una atención inmediata por los más diversos cronistas y memorialistas. Lo nuevo y moderno del movimiento de Hidalgo fue que éste pudo unificar diversos y contrastantes sectores contra un solo enemigo, el gobierno español. Subrayando la importancia de comparar el movimiento de Hidalgo con sus movimientos antecedentes en la Nueva España, Florescano, por último, insistió en que el iniciado en 1810 no fue un proceso homogéneo, sino diversos movimientos que quedaron contenidos en un mismo proceso independentista.⁶³

Hidalgo y su revuelta permanecerán entre los temas fundadores de la nación y como afición nacional. Hoy, a diferencia de lo que nos provocaba la grandiosidad combativa de la pintura mural; la literatura, los medios visuales y el periodismo en los cartones políticos siguen colaborando en la desacralización.⁶⁴ Del viejo mito ni nos despedimos ya que la cultura hidalguista sigue viva atravesando su fase irreverente. Según Jean Meyer: “Hay muchas maneras de ser irreverente con los ‘héroes de bronce’. Una manera de ‘forjar patria’ es precisamente la irreverencia amistosa que los baja del monumento y los

⁶³ Enrique Florescano, *Memoria mexicana: ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821*, México, Contrapuntos, 1987, pp. 281-290; y “Conclusiones”, en Jean Meyer (coord.), *op. cit.*, 1992, pp. 189-195.

⁶⁴ [Magú] Bulmaro Castellanos y Enrique Krauze, *Hidalgo y sus gritos*, México, Casa Editorial Hoja, 1993. Novelas interesantes: Jorge Ibarguengoita, *Los pasos de López*, México, Joaquín Mortiz, 1987; Jean Meyer, *Los Tambores de Calderón*, México, Diana, 1993; José Luis Mazoy Kuri, *¿Hidalgo? El bribón del cura (Vivencias de Don Ignacio Allende)*, P7 Ediciones, 2002; José Manuel Villalpando César, *Mi gobierno será detestado: las memorias que nunca escribió Félix María Calleja Virrey de la Nueva España y frustrado libertador de México*, México, Planeta, 2000.

vuelve humanos.”⁶⁵ La confrontación del Hidalgo redescubierto por algunos historiadores mexicanos y estadounidenses, con la opinión pública, fue un recurso de la revista *Nexos* de septiembre de 2002 que tuvo repercusión en Michoacán al provocar un pequeño libro en contra. En conjunto se exponía que “la Independencia hizo de México el país vulnerable y dependiente que fue después y que en muchos aspectos sigue siendo”. La versión histórica regional no coincidía con las interpretaciones globales allí propuestas, menos con la idea expresada sobre Hidalgo.⁶⁶ Una interpelación semejante ocurrió en la última mesa redonda celebrada en recuerdo de Miguel Hidalgo, en la alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato, en 2003, con motivo de los doscientos cincuenta años de su natalicio.⁶⁷ En el plan de reediciones que el gobierno del estado de Guanajuato preparó para conmemorar dicha efeméride, se publicaron dos textos que, siguiendo viejas tradiciones, ataron los últimos cabos en los asuntos de Miguel Hidalgo: su casa y sus restos.⁶⁸

⁶⁵ Jean Meyer, “Yo, Hidalgo, altivo y loco, orgulloso, arrepentido”, en *Nexos*, año, 24, vol. XXIV, núm. 297, septiembre 2002. Ver además *Hidalgo*, México, Clío, 1996.

⁶⁶ Revista *Nexos*, núm. 297; Martín Tavira Uriostegui y José Herrera Peña, *Hidalgo contemporáneo. Debate sobre la Independencia*, Morelia, Edición conmemorativa del CCL aniversario del natalicio de Miguel Hidalgo y Costilla, Preparatoria “Rector Hidalgo”, 2003.

⁶⁷ Colegio de Historiadores de Guanajuato, *Foro de Guanajuato. Hidalgo, vida y circunstancias*, México, Colegio de Historiadores de Guanajuato-H. Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, 2003.

⁶⁸ José Luis Lara Valdéz, *Misión histórica: Casa de Hidalgo*, edición conmemorativa “año de Don Miguel Hidalgo y Costilla, Padre de la Patria, 2003”, Guanajuato, Archivo General del Gobierno del Estado de Guanajuato, 2002; ver de Isaura Rionda Arreguín, *Tránsito de los venerables restos de los héroes de la Independencia mexicana*, Edición conmemorativa “año de Don Miguel Hidalgo y Costilla, Padre de la Patria, 2003”, Guanajuato, Archivo General del Gobierno del Estado de Guanajuato, 2002.



Figura 13. “Casi totalmente destruido quedó este camión de redilas que fue incendiado por los estudiantes técnicos en las cercanías del Casco de Santo Tomás. Antes, volcaron el vehículo”.
(*Excelsior*, 24 de septiembre de 1968. Archivo Histórico CESU, UNAM).